

Delmer y Cheto, o una alegoría de la ciudad.

Ahí están.

Delmer y Cheto, conviviendo ambos, hermanados fuera de toda diferencia de clase y origen.

Los dos, aparte de convivir, en realidad lo que hacen es usurpar de común acuerdo lo que una vez, hace tiempo, fuera un espacio público. La pequeña explanada con arbitrarios escalones -porque plazoleta nunca fue- que marcaba la antigua “Dos Bocas”, el sitio donde se bifurcaban centenarios caminos reales, casi tan antiguos como la misma Asunción.

Delmer y Cheto son, en ese sitio amorfo, degradado y perdido de lo que fuera en su momento un modesto hito urbano, una alegoría de lo que sucede en nuestra Asunción de hoy.

Cheto -lo que este apelativo enuncia, es decir, los que tienen el poder, las conexiones, los contactos, los medios- pueden pasarse por alto las leyes, las ordenanzas y las resoluciones, o incluso -si vamos más allá- redactarlas y promulgarlas a medida. El objetivo siempre es un privilegio, una medida generosa, la vista gorda, una transgresión impune para apropiarse de algo que es de todos -no de la municipalidad, no de una administración, sino de la ciudad-.

Delmer -los que no tienen dinero ni poder -individualmente- pero sí valen lo suficiente como para ser una apuesta redituable en el mercado de compra de votos, pueden pasarse por alto las leyes, las ordenanzas y las resoluciones, o incluso -si de nuevo vamos más allá- hacer que concejales y administradores las redacten y promulguen a medida, así signifique decidir por ordenanza lo que es inundable y no inundable, vaya por ejemplo. También el objetivo es un privilegio, una medida generosa, la vista gorda o la impunidad a una transgresión abierta u ostensible, para hacerse con una parte o algo que es de la ciudad, algo que es de todos.

De la inconsciencia de lo público

Delmer y Cheto son, aparte de una alegoría de la ciudad que tenemos, el retrato de nuestra incivilidad, la representación lapidaria de nuestra incapacidad de acceder a ese estadio de desarrollo de la sociedad y de la cultura ciudadana donde el sentido de lo público está instalado y ya no se lo pone en duda.

Reconocer la dimensión de lo público implica la aceptación no sólo de la pluralidad y la diferencia, sino por encima de ellas, el pacto acerca de lo que está más allá de reivindicaciones, pretensiones o demandas individuales o de grupos: lo público, lo que es de la ciudad, lo que es innegociable porque es del común.

Si la ciudad es por antonomasia la más alta y compleja expresión de la civilización y el escenario por excelencia de la convivencia y la pluralidad, es en sus espacios públicos y en la manera que ellos se gestionan, defienden y enriquecen para todos, donde puede medirse los niveles de desarrollo y calidad de sus administradores.

No hay rótulo, galardón, o apelativo, ni discurso ni campaña de marketing que sustituyan los hechos: es en el espacio del común, en la cantidad y calidad de aquellos lugares que son de todos, donde se mide en realidad cuál es el nivel de desarrollo de una ciudad.

Es lo que diferencia una ciudad en serio de sus caricaturas: ésa es la distancia que hay entre ciudades civilizadas, amigables y con altos estándares de vida urbana, de aquellas que sólo tienen discurso, títulos y campañas de publicidad, pero en la realidad, espacios públicos enajenados, escamoteados, rapiñados o depredados, sea por Delmer o por Cheto, no importa. El resultado es el mismo. Las oportunidades perdidas y las potencialidades desperdiciadas para la ciudad como un todo, son iguales en todos los casos.

Mientras sigamos siendo incapaces de comprender el valor de lo público, de aquello que es de todos, mientras seamos incapaces de la determinación de defenderlo, ampliarlo y enriquecerlo para todos -no para mí o mi grupo sino para todos los que habitamos la ciudad- el destino de la ciudad será el que ominosamente se desprende de sus señales: la ley de la selva, la rapiña, el saqueo de aquello que verdaderamente define una ciudad, sus espacios públicos.

Calles, veredas, plazas, explanadas, espacios costeros, arroyos, cauces y parques, los espacios de la vida colectiva y la convivencia. Sin ellos no hay ciudad.

Al despeñadero de la seducción electoral.

En ese paisaje donde poca esperanza guarda lo que sobra, los tiempos electorales representan lo que aquel dicho describe con gracia: “éramos muchos y parió la abuela”: como si no fuera suficiente con lo que tenemos, cada campaña electoral representa la irrefrenable tentación de dar otro paso más, de ir un escalón más abajo en la escala de la degradación de la ciudad. Todo sea por agradar a todos. Todo sea por quedar bien con Delmer y con Cheto.

No importa si la ciudad pierde, si perdemos todos. Lo importante es seducir a Delmer y a Cheto. La ciudadanía que no forma parte de las huestes de uno ni de otro no cuenta, mas allá de cualquier discurso pergeñado a los apurones, oportunismo en ristre y corrección política al tono. Para el común, para el ciudadano que no tiene el ventajoso precio al por mayor de Delmer ni el peso de Cheto, y, como decía el innombrable, está todo el peso de la ley.

Por eso, esa campaña de seducción es también la expresión de una otra cara que se oculta, la de la poco digna capitulación en la defensa de lo público frente a la codicia de capitalizar el empuje de los intereses particulares. Es la campaña de fingimiento que en realidad sólo va dirigida a quienes pueden aportar votos o dinero, la campaña diseñada para Delmer y Cheto.

La ciudad -el común- deberá contentarse con los discursos, las promesas que todos sabemos de cartón, las declaraciones edulcoradas y los proyectos sacados de la gale-
ra y para la campaña.

Con el silencio de Cheto -para eso tienen poder, contactos y recursos- o al ruidoso
amparo de las pseudo reivindicaciones de Delmer, así se invoque con oportunismo
la trillada y falaz consigna de la 'necesidad social', lo que en realidad ocurre es -des-
de hace décadas y de mano de políticos de todos los colores y de todo el espectro
ideológico- una pérdida continua, sostenida e irreversible de los espacios públicos
de la ciudad, una enajenación creciente e irrecuperable de un capital ambiental y
social que pertenece a la ciudadanía como conjunto y que nadie, ningún interés par-
ticular -individual o de grupos- tiene derecho a depredar ni a apropiarse para sí a
costa del común.

La ceguera y el desentendimiento de nuestros pretendidos liderazgos políticos ante
el deber incontestable de hacer prevalecer el valor de lo público por encima de los
intereses particulares es también la medida de la oscuridad del destino que nos
aguarda como ciudad.

Una ciudad de guetos, de condominios cerrados y territorios vedados y costas y pa-
rajes obliterados, una ciudad con cada vez menos espacios de convivencia y cada vez
más privatizada y ajena, en la que ya nadie más se siente parte ni responsable de lo
que es de todos, porque aquello que es de todos existe cada vez menos.

Asunción, setiembre de 2015